

El secuestro de Lola Casanova:... ¿Historia o leyenda?

CRÉDITOS NOTA DE PRENSA

Encabezado : El secuestro de Lola Casanova:... ¿Historia o leyenda?

Autor : Gilberto Escobosa Gámez

Fecha : 07/10/2013 12:00:00 a.m.

Fuente : Dossier Político

Vínculo : <http://www.dossierpolitico.com/vernoticias.php?artid=134289&relacion=&tipo=Principal1&categoria=1>

El año de 1854 estuvo preñado de aconteceres en nuestra patria, que pasarían los linderos del tiempo de ese siglo y se divulgarían por América y Europa. El Plan de Ayutla, firmado y realizado por don Juan Álvarez y don Ignacio Comonfort, tenía a los hombres con las armas en la mano y Santa Anna, el Nerón mexicano, en oníricas vivencias preveía el ocaso de los liberales. Y lo que sucedía en Guerrero y Michoacán, en forma muy importante afectaba a Sonora; aquí también los hombres sacaban las uñas como fieras, por el centralismo o por el federalismo, por el santanismo o por la evolución social.

Sin embargo, son dos los acontecimientos de esa época que mucho después de un siglo permanecen en el recuerdo de los sonorenses. Uno de ellos es una épica hazaña que aún después de tanto tiempo parece que escuchamos los redobles de los tambores y el toque de los clarines interrumpidos por el tronar de los cañones y los disparos de la fusilería: la batalla que otorgaría laureles de victoria al Puerto de Guaymas.

El otro reviste caracteres de tragedia y tintes de romanticismo: El secuestro de Dolores Casanova —Lola Casanova, como pasaría a figurar en los libros de la historia y de la leyenda.

Lola Casanova era una joven de dieciocho años, bellísima, según afirmaron quienes la conocieron. Era hija de españoles residentes de la comunidad guaymense. El padre, un rico comerciante, estaba orgulloso de aquel portento de mujer, ojos verdes como las aguas de la bahía, cabellera dorada como espiga de trigo maduro, la piel blanca y en su rostro dos chapetes como rosas de Jericó. Era la Dulcinea de los jóvenes más apuestos del lugar. Pero el viejo Casanova tenía ya planes para casar a su unigénita con un rico peninsular que residía en el mismo puerto.

Un hermano del señor Casanova que vivía con su familia en Hermosillo, en varias ocasiones invitó a su sobrina a que fuese a pasar una temporada en su hogar al lado de sus hijas también adolescentes; y la insistencia tuvo su fruto cuando el padre de Dolores accedió a que su hija pasara sus vacaciones en casa de las primas.

En ese tiempo los seris andaban perpetrando depredaciones en los lugares cercanos a la costa, desde Guaymas hasta las playas de Altar; por ello las diligencias que daban servicio a los viajeros del Puerto a la antigua Villa del Pitic, eran protegidas por una numerosa escolta de dragones. Así lo

dispuso el General José María Yáñez.

Doloritas, como la llamaba su padre, salió de Guaymas la mañana del 2 de abril. Aún hacía frío y los quince dragones que escoltaban la diligencia llevaban puestos sus chaquetones. Era una guardia especial que las autoridades militares concedieron a tan distinguida joven. Lola no sólo iba protegida por la tropa y varios viajeros; también iba con ella su madrina.

El vehículo y los guardias iban a regular velocidad; “los tres troncos de robustas bestias”, decía el auriga, “pueden hacer volar la diligencia”. Pero no podían ir más a prisa; tenían que caminar al paso de los otros carros que formaban una fila, pues muchos viajeros aprovecharon la guardia para hacer tan peligrosa travesía.

En su libro, el periodista Federico García de Alva dice:

“Al llegar el convoy a un punto conocido como La Palmita, los seris lo atacaron y después de un reñido combate los indígenas vencieron. Algunos carreros murieron, otros lograron huir, y desmayada en uno de los carros quedó la infeliz Lola Casanova.

“El jefe de los seris, un individuo de elevada estatura y atlética musculación (sic), tomó en sus brazos la bella prenda y huyó con ella por valles y montañas, y al descansarla suavemente en la dura peña se constituyó en su guardián y ansioso esperó hasta que la joven volvió en sí. Lola al abrir sus ojos y mirarse junto a aquel tostado guerrero, primero quedó como petrificada y después pretendió huir; pero el indio, cogiéndola por la ropa cayó de rodillas a sus pies y le dijo en claro español: que no temiera de él nada, ni huyera; que él, aunque jefe de la tribu no era seri sino pima y muy joven en un combate había caído en poder de los seris, a quienes a través de los años había logrado dominar por su valor y su destreza; que a ella la adoraba y que la haría reina de la tribu.

“La infeliz Lola estaba perdida e indudablemente no por amor, pero sucumbió a la feroz pasión de aquel temible salvaje, que, librando heroicos combates con los principales cabecillas de la tribu que se opusieron al advenimiento de esa reina, al fin la impuso”.

El señor García de Alva incurre en un error en lo que asevera en el último párrafo transcrito, porque los indígenas de Sonora, como sucede hasta la fecha, siempre han respetado a las mujeres congéneres de la misma tribu, aun cuando aquéllas sean de otras razas.

Dice la leyenda — ¿o la historia, quizá?— que Coyote- Iguana, el cacique que secuestró a la muchacha blanca, era un individuo de estatura de más de un metro con noventa centímetros, y que tenía una musculatura que le hacía invencible en el combate cuerpo a cuerpo.

Cuentan también que el cabecilla seri se prendó tanto de Lola, que la llevó a su aldea y no queriendo tenerla prisionera le construyó su propia vivienda. El indígena sabía que la muchacha no podía huir por no saber en qué lugar se encontraba la comunidad seri. Además ha llegado a saberse hasta

nuestros días, transmitido de boca en boca, que Coyote-Iguana durante mucho tiempo respetó la integridad de la joven y que por las noches iba hasta la morada de ella a cantar en su dialecto canciones de amor, que se escuchaban por toda la aldea.

Lola, por ser joven, pronto aprendió el dialecto seri y las costumbres de la tribu, empezando a hacer vida común entre las mujeres solteras. Mientras tanto, a Coyote-Iguana, perdidamente enamorado de la muchacha, en los combates con las tropas del Gobierno o con los guerreros de otras tribus, siempre se le veía delante de sus hombres, sin importarle morir; por ello los seris temían perder a su caudillo.

En muchas ocasiones el pima, convertido en jefe seri, recibió heridas que hubiesen hecho morir a cualquier hombre; y en cada ocasión que el gigante llegaba a la aldea ayudado por sus guerreros, Lola lavaba y curaba sus heridas.

Después de dos años a la fecha del secuestro, Coyote-Iguana perdió la esperanza de conquistar el corazón de Lola y un día se presentó en el habitáculo de la muchacha y le dijo: “Mañana, antes de salir el sol, tú poder volver tu tierra. Dos guerreros acompañarte cerca de Guaymas”.

Entonces la mujer blanca respondió: “Yo no quiero irme”.

“¿Por qué?”, preguntó el cacique.

Y ella respondió, bajando la vista como lo hacen las mujeres indígenas cuando les habla su hombre: “Porque quiero ser tu mujer”.

Doña Manuelita Romero viuda de De la Llata, quien murió después de haber cumplido cien años de edad en 1933, era tía de mi padre y vivió hasta el día de su deceso en una casa de la propiedad de él, que estaba ubicada contra esquina de la Catedral de Hermosillo que fue demolida para construir el bulevar Miguel Hidalgo y Costilla; era una anciana que poseía una memoria prodigiosa. Por eso en mi niñez siempre procuré acompañar a mi progenitor cuando la visitaba para proveerla de lo que requiere la subsistencia. Los relatos de mi tía-abuela siempre me conmovían o alegraban; tenían un gran encanto cuando contaba anécdotas, cuentos o viejas historias. “Parecía”, afirma mi hermana Gloria, “que cuando hacía sus relatos nos llevaba de la mano al lugar de sus personajes, reales o ficticios, y nos hacía sentir las emociones que la embargaban al recordar los sucesos de su niñez y juventud”. En tan luenga vida, la muy amada viejecita muchas cosas tenía que contar, a ella gustábale relatarlas y a mí me encantaba escucharlas.

Un día díjome la tía Manuelita:

“¡Ah!, si tú hubieras visto como yo a Lolita Casanova, la muchacha que se llevó un jefe seri, habrías pensado que tenías enfrente a un ángel vestido de mujer. Yo la conocí porque... ¿Sabes? Mi papá también era español y un día que fuimos a Guaymas visitamos a la familia Casanova”.

La anciana estuvo un rato pensativa, como hurgando en el arcón de sus recuerdos. En seguida continuó, con la vista fija en el techo de la habitación como si estuviese pensando en voz alta.

“De esto hace... hace casi ochenta años... ¡Pero parece que la estoy viendo en este momento!”

La tía volvió a permanecer en silencio y noté en su rostro que lloraba interiormente, pues dicen que los viejos no tienen lágrimas porque ya derramaron todas. Y yo sentí un nudo en la garganta cuando siguió con su relato:

“El señor Casanova y su esposa murieron al año siguiente del secuestro. Al no lograr localizar a su hija perdieron el interés en seguir viviendo. El tío de Lolita se hizo cargo de los negocios del muerto y gastó una fortuna tratando de rescatar a su sobrina”.

Como la viejecita dejó de hablar, seguramente porque los recuerdos estrujaban sus sentimientos, inquirí inquieto:

“¿Y qué pasó al final, tía Manuelita?”

“Poco después hubo revoluciones, muchas revoluciones; se impuso el Imperio de Maximiliano y sucedieron muchas batallas. Por esto el tío de Lolita tuvo que suspender la búsqueda de su sobrina”.

La anciana guardó silencio durante unos segundos antes de continuar:

“Pero un día la localizaron, después de quince años del asalto a la diligencia”.

Los ojos claros de la tía no podían percibir las emociones en mi rostro, la ceguera senil sólo le permitía ver mi silueta. Sin embargo quiso complacer mi curiosidad y terminó su relato:

“Lolita no quiso regresar al mundo civilizado. Dijo que amaba a Coyote-Iguana”.

Y a mí, que era niño, me satisfizo el final de la narración, considerando que ese drama tan doloroso merecía un epílogo feliz.

Don Gilberto Escobosa Gámez, cuentista y escritor sonorenses, Cronista Municipal de Hermosillo y Presidente fundador, Honorario y Vitalicio de ACROS (In Memoriam)

CITAR ESTA FUENTE ASI:

Comunidad: Unidad de Información y Documentación de los Pueblos Indígenas del Noroeste de México.

Colección: Hemerografía.

Repositorio Institucional de la Biblioteca Gerardo Cornejo Murrieta de El Colegio de Sonora

<http://biblioteca.colson.edu.mx:8082/repositorio-digital/jspui/>

Usted solo puede hacer uso de la presente sin fines de lucro y con las limitaciones que marca la ley en materia de derechos de autor.

En todo caso deberá citar los CRÉDITOS NOTA DE PRENSA, adicionando el nombre de la Comunidad y Colección del Repositorio Institucional de la Biblioteca Gerardo Cornejo Murrieta

perteneciente a El Colegio de Sonora, en cualquier reproducción que de ésta haga.